

# Las pintoras mexicanas del siglo XIX

**A** muchos ha sorprendido que en el siglo XIX un número bastante considerable de mujeres mexicanas se hubiera dedicado a la pintura. En los catálogos de las exposiciones que cada año celebra la Academia de San Carlos aparecen registrados alrededor de 190 nombres de "señoritas y señoras" que enviaron sus obras a estas exhibiciones, además, en todas las ciudades del interior de la República en los que se organizaron actividades artísticas, también hubo una amplia participación femenina.

Este fenómeno no fue privativo de México, lo mismo ocurrió en Europa y en otros países de América. La pintura causó verdadero furor entre las jóvenes de la alta burguesía y las clases medias acomodadas, cientos de ellas participaron en exposiciones nacionales e internacionales e inclusive ganaron medallas y diplomas. Y como todavía en el siglo XIX le estaba vedado a la mujer entrar como estudiante regular a las Academias oficiales, esta circunstancia motivó que se abrieran una serie de Academias de Arte privadas y que proliferaran los maestros particulares de pintura y dibujo.

El súbito florecimiento de la pintura entre el gremio femenino del siglo pasado, no fue una novedad de la época, se venía fraguando de tiempo atrás; las primeras mujeres que se dedicaron al arte pictórico y lo ejercieron con indudable maestría, fueron las monjas ilustradoras de libros de oro y de manuscritos religiosos. Desgraciadamente la mayoría de estas artistas han permanecido en el anonimato. Sólo a partir del Renacimiento empezó a surgir una serie de pintores que gracias a que alcanzaron merecida fama en su tiempo, sus nombres han quedado registrados en la historia del arte. Baste mencionar algunas: Sofonisba Anguissola, Lavinia Fontana, Clara Peeters, Judith Leyster, Angélica Kauffman, Elizabeth Vigée-Lebrun, Rosa Bonheur.

Como la pintura se consideraba un signo de refinamiento y un adorno esencial en la educación de la mujer aristócrata, al lado de estas pintoras profesionales, una gran cantidad de mujeres de la nobleza destinaron buena parte de su tiempo a aprender el oficio. Se conocen los nombres de varias damas de la corte, grandes señoras y hasta reinas que pintaban en sus

ratos de ocio a quienes además se las distinguió con títulos de "Académicas de Honor" en algunas de las Academias de Arte más afamadas de Europa. Un caso similar se dio en la Nueva España, a Guadalupe Moncada y Berrío. Marquesa de San Ramón, se le otorgó en 1794 el nombramiento de Académica de Honor y Directora Honoraria de Pintura de la Real Academia de San Carlos por sus méritos como pintora. Pero los cargos de esta índole eran meramente honorarios pues no podían participar en las juntas y tampoco tomar clases en el recinto de la Academia.

En México, desde la primera Exposición de la Academia de San Carlos que tuvo lugar en 1849 y en todas las subsiguientes, siempre se contó con una nutrida presencia femenina. Los críticos de arte y el público en general veían con agrado que el "bello sexo" se ocupara en estos menesteres, pues un factor indispensable para que la nueva nación Mexicana alcanzara el progreso y se elevara a la altura de los países más civilizados era la educación del pueblo en "los nobles principios de arte".

No obstante la acogida que se dio al trabajo

artístico de la mujer, en aquella época era inconcebible que una señorita mexicana adoptara la pintura como profesión. El arte pictórico en manos femeninas se consideraba, al igual que el piano, el canto y el bordado, un adorno indispensable para agraciarse su persona. En 1880, en *El Monitor Republicano*, expresaba un crítico: "la pintura y la música nos parecen un adorno casi esencial en la educación del sexo bello".

En pleno siglo XIX seguía vigente la etiqueta social popularizada por *El Cortegiano*, uno de los libros que más difusión alcanzó en el Renacimiento; su autor, el Conde Baldessare Castiglione, sostenía que una cualidad que no se podía echar al olvido en la educación de todo caballero y toda dama era "el talento para dibujar y el ser entendido en pintura. Este es uno de los más preciados adornos de la vida superior y refinada". Por esa razón, las mujeres mexicanas que se dedicaron a pintar en el siglo XIX, pertenecían en su mayoría a un medio social alto y lo hicieron por entretenimiento y no como profesión. Esto explica también porque ninguna de ellas se planteó la



posibilidad de crearse un porvenir con la pintura y recibir ingresos por su trabajo. Para muchas el pintor fue un poco como el bordar, una actividad tranquila y agradable que desarrollaron en sus ratos libres tan sólo por el placer que esto les proporcionaba. El único medio que tuvieron a su alcance para relacionarse con el público fue la oportunidad que cada año les ofrecía la Academia de San Carlos de presentar sus trabajos en el Salón destinado a las "pinturas, remitidas de fuera de la Academia". Con qué ilusión, han de haber esperado este acontecimiento. Era, la sola vía posible de que sus obras trascendieran los límites del hogar.

La concepción que se tenía del papel de la mujer en el México de aquel entonces —a la que se educaba antes que nada para ser esposa, madre y cristiana fervorosa— y las limitaciones que le imponía la sociedad en el desempeño de su oficio, condicionaron el número y la calidad de su obra. Para empezar, su formación fue incompleta. Muy pocas asistieron a la Academia, y las que así lo hicieron, únicamente concurrían a clases aisladas que generalmente consistían en dibujo, claroscuro o copias de cuadros. Casi todas aprendieron las varias disciplinas —composición, perspectiva, claroscuro, manejo de color, etcétera—, fundamentales para todo pintor académico, de manera condensada en clases particulares con artistas de renombre de la época. Todavía a fines de siglo, a las primeras mujeres, como Otilia Rodríguez, Dolores Soto, Mercedes Zamora, Carlota Camacho que se aventuraron a cursar la carrera completa de pintor, se le prohibía entrar a la

clase de desnudo, materia indispensable para adquirir el dominio de la figura. De ahí que ninguna de estas señoritas se haya atrevido a abordar el género más prestigiado de la época, la pintura histórica. Además, un cuadro de esta naturaleza implicaba otras exigencias, disponer de mucho tiempo para su elaboración, un taller espacioso, modelos, conocimientos de anatomía, investigación histórica.

Los géneros que abordaron fueron más modestos: el retrato, los llamados "cuadros de comedor", las imágenes religiosas, el paisaje y la copia. El número de obras que llegaron a realizar tampoco pudo ser abundante pues siempre compartieron su actividad pictórica con las labores domésticas. Un fenómeno que se puede constatar en las listas de los Catálogos es que, las más empeñosas, de solteras

participaban en las exposiciones con bastante regularidad pero apenas contraían matrimonio dejaban de enviar sus trabajos o si lo hacían era muy esporádicamente.

A pesar de la serie de obstáculos que estas señoritas tuvieron que enfrentar para convertirse en pintoras de calidad, hubo algunas que demostraron una constancia poco común. Su arte no fue para ellas un mero pasatiempo sino que trataron de alcanzar niveles más altos y además buscaron el reconocimiento del público no sólo en México sino también en el extranjero enviando sus obras a exposiciones internacionales en París, Chicago, Fidadelfia.

Casi todas permanecieron fieles a la manera del maestro y para llegar a dominarla con mayor perfección, se ensayaban copiando las obras de éste. Josefa Sanromán, por ejemplo,

observó en tal forma el estilo de Clavé que los retratos que pintó de sus familiares parecen salidos de la mano del pintor catalán. Pilar de la Hidalga también fue discípula de Clavé y cultivó, como él, el género del retrato; no obstante, en una de sus obras, la *Mendiga*, se aventuró por caminos distintos, adoptando un estilo completamente realista. Julia Escalante trató de encontrar un estilo personal realizando pinturas de su invención de tono romántico. Dos de sus obras, el *Lechero* y la *Graziella* fueron objeto de largos comentarios en los periódicos de la época. Eulalia Lucio desarrolló con extraordinaria maestría el género del bodegón, buscando siempre que sus composiciones fueran distintas y reflejaran una gran precisión en el detalle. Luz Osorio aprendió del oficio en Puebla y llegó a ser una magnífica pintora académica. Su obra la *Papanteca* es una muestra de ello.

El hecho que no hubieran sido artistas de profesión y también el menosprecio de que ha sido objeto el arte académico en el presente siglo, provocó que estas pintoras cayeran en el más completo olvido. A esto habría que agregar otra circunstancia, como nada más pintaron para ellas y sus familiares gran parte de sus cuadros no están firmados y se conservan dispersos entre sus descendientes. Por eso, quizá una de los trabajos más arduos de la exposición que se llevó a cabo en el Museo de San Carlos, fue la localización de su obra. Esperamos que este primer paso dé sus frutos y a futuro se pueda reconstruir una historia más completa de la labor pictórica femenina en el siglo XIX. *Jm*



Retrato de Josefa Sanromán